

Enrique Góngora Trejos

NIETZSCHE: SU ATEISMO RELIGIOSO

Summary: On the subject of atheism, we can ask ourselves whether such attitude corresponds to a form of faith and, more specifically, to a form of faith based not on the premise "God exists", such as is the case with Christian religion, but rather on the fundamental tenet "God does not exist".

Friedrich Nietzsche, an atheist, in his work "Also sprach Zarathustra" (specifically in the section of the book called "Ausser Dienst"), seems to give us a very definite answer: atheism is a form of faith, which could become a religion, even with a Pope at its head.

Resumen: Sobre el ateísmo podemos plantearnos la pregunta de que si tal actitud no corresponde a una fe y, más específicamente, a una fe montada, no sobre la premisa "Dios existe" como lo es el caso de la religión cristiana, sino sobre la premisa "Dios no existe".

El ateo Friedrich Nietzsche, en su "Also sprach Zarathustra" (específicamente en el apartado que lleva por título "Ausser Dienst") parece darnos una respuesta bastante definitiva: el ateísmo es una fe, la cual podría convertirse en una religión que tuviese, incluso, un Papa a la cabeza.

El mundo de la fe (1) es el mundo de lo no mostrable o de lo no demostrable o, puesto en sentido contrario, ante lo mostrable o lo demostrable no cabe la fe. El mundo de lo mostrable es el mundo de las ciencias. Si no creemos que la afirmación $F = m \cdot a$ (la fuerza es igual al producto de la masa por la aceleración) sea verdadera, los físicos pasarán a mostrarnos, mediante algún experimento, que esa fórmula empírica es valedera (2).

El mundo de lo demostrable es el mundo de las matemáticas. Ya lo dijo Nicolás Bourbaki (Livre I "Théorie des Ensembles, Chapitre I, 'Description de la Mathématique Formelle'"): "Depuis les Grecs, qui dit mathématique dit démonstration". Sin embargo, los sistemas axiomáticos no están exentos de problemas, ya que las demostraciones, en el fondo o en la superficie, estarán fundamentadas en supuestos no demostrados, o bien, en el peor de los casos, no demostrables. Tales supuestos reciben, como ya sabemos, el nombre de "axiomas". Desde luego, que si aceptamos éstos, deberemos, "a fortiori", aceptar las demostraciones (si éstas han sido construidas correctamente), que se fundamentaron en esos axiomas. Si las cuestionásemos entonces, automáticamente, dudaríamos de todos los resultados obtenidos a partir de ellos. No es común, sin embargo, cuestionar los axiomas de las matemáticas. Cuando se ha dado tal cuestionamiento, éste ha provenido de los matemáticos mismos. Tal fue, por ejemplo, el caso de los axiomas de la Teoría de Conjuntos, frente a los problemas suscitados por la llamada "Paradoja de Bertrand Russell". El no poner en duda los axiomas de las matemáticas proviene, en gran parte, de que las matemáticas se encuentran sólidamente respaldadas por su propia coherencia interna, además, y esto es tal vez lo fundamental, por el hecho de que muchos de los resultados de la física (y también de otras ciencias), han sido obtenidos gracias a los resultados de los matemáticos y, como ya he señalado, los físicos están, a su vez, en condiciones de mostrar la validez (empírica) de lo obtenido por ellos. Todo esto tiende a que el grado de fe requerido para aceptar los axiomas de los matemáticos, quede reducido a un mínimo.

El mundo de la religión es el mundo de la creencia o de la fe. Cierto es que se ha tratado de fundamentar la fe por vía de la razón. Entre el siglo XIII y XIV hubo bastantes discusiones sobre esto. De este lado está Santo Tomás, el "Doctor Angelicus". Y argumentando en sentido contrario, Duns Scotus, el "Doctor Subtilis", según el cual la fe estaba por encima de la razón. En todo caso, si siguiésemos la línea del "Doctor Angelicus" estaríamos, de algún modo, construyendo una disciplina axiomática que estaría fundamentada de nuevo en supuestos no demostrables. Desde luego, que a tal sistema se le puede dar una coherencia interna tan buena como la de las matemáticas. Por otra parte, dentro de este sistema, los "axiomas" se consideran como "revelados" y, por ende, dentro del sistema mismo, resultarían inquestionables. Pero esta inquestionabilidad estaría ya dada por la fe y no, como en el caso de las matemáticas, por los resultados obtenidos por otras ciencias en las que cabe una demostración empírica. En el caso de que tratemos de fundamentar la fe mediante la razón, lo que estaríamos haciendo, en realidad, sería sencillamente tratando de fundamentar la fe en la fe misma. Así, la mayoría de los problemas planteados por la fe, no pueden ser resueltos por la razón y ésta, si nos plantea problemas relativos a la fe, ella misma no será capaz de resolverlos. Ya Kant había reconocido que la razón es capaz de formular la proposición "Dios existe" y también la proposición "Dios no existe", pero ella no es capaz de proporcionarnos mecanismo alguno para decidir cuál de esas dos proposiciones es la verdadera. Así, no siendo mostrable ni demostrable la existencia o no existencia de Dios, resulta que tanto pertenece al reino de la fe el creer como el no creer en su existencia.

Hechas estas consideraciones, tenemos el derecho de pensar sobre la posibilidad de la existencia de una "fe atea". Esta sería, por así decirlo, una "fe dual", o sea, una fe que se obtiene por negación de las premisas en que se fundamenta la fe cristiana. Desde luego que, además de la religión, existe lo que podríamos llamar "la actitud religiosa" que suele ser, por lo general, bastante intransigente. Se puede ser creyente o no con o sin esa actitud, se puede ser tanto fanáticamente religioso como fanáticamente no religioso. Un ateísmo sin actitud religiosa, se aproximaría al agnosticismo.

La existencia de una "fe dual" respecto de la fe cristiana, se pone de manifiesto de una manera bastante poética y evidente en "Also sprach Zarathustra" y en especial, en el apartado que lleva por

título "Ausser Dienst" (fuera de servicio) en el que se narra las andanzas del último Papa.

El relato es el siguiente: muerto Dios, cosa que Zarathustra proclamó ya al comienzo de la obra, el Papa (desde luego que habiendo muerto Dios, éste es el último), se pone en camino para buscar a aquel santo eremita que encontrara Zarathustra al bajar de los montes y venir hacia los hombres, a aquél que se había distanciado del imperfecto ser humano y vivía en el bosque cantando, llorando, riendo y rugiendo en alabanza a Dios. Ese santo tenía la ventaja, para el Papa, que no había oído todavía lo que ya todo el mundo sabía: que el viejo Dios en el cual creyó alguna vez el mundo, ya no estaba vivo. Pero ¡oh desdicha! el viejo eremita, creyente de una fe ya "fuera de servicio", también había muerto. Aparentemente, ya no había creyentes, ya no había devotos. Sin embargo, este último Papa intuye que en este mundo, aunque haya muerto el viejo Dios de los cristianos, todavía quedan creyentes, todavía quedan devotos. Este Papa ahora "fuera de servicio" se dirige a Zarathustra. El cual se presenta al Papa diciendo: "Yo soy el ateo Zarathustra, quien dice: ¿quién es más ateo que yo para alegrarme de ser su siervo?". A esto contesta el Papa: "Quien más lo amó y poseyó, él es quien ahora lo ha perdido más. Mira, ¿seré yo ahora, entre nosotros dos, el ateo?". Este Papa tiene la ventaja de ser tuerto (3) lo cual le da una visión más profunda o una intuición más fuerte. Vemos entonces que el Papa fue primero en busca de aquel santo eremita, quien era un devoto un tanto "sui generis", un devoto que amaba a Dios, pero que no pertenecía a "Ecclesia" alguna o, al menos, no pertenecía a la "Ecclesia" (4), del Papa. Muerto éste, la intuición del Papa lo conduce al ateo, a este ateo que es el más devoto entre los ateos, al creyente más ardiente de la "fe atea". Se inicia entonces una conversación entre tres ojos (dos de Zarathustra y uno del Papa). Zarathustra no trata al Papa con desprecio, tal y como lo hace con el mago o con el "hombre más feo". Todo lo contrario: Zarathustra muestra hacia él una actitud amistosa. Esta actitud es recíproca, ambos hablan de igual a igual. Desde el comienzo se sienten atraídos uno hacia el otro, ambos reconocen que son semejantes. Para satisfacción de Zarathustra, el Papa, quien asistió a Dios hasta sus últimos momentos, relata la muerte de Dios, tal y como la "vio". Este relato es interesante por cuanto, como dice el Papa mismo, "un buen servidor sabe todo y a veces, también cosas que su señor se oculta a sí mismo". Cuenta entonces, como este Dios oriental era

en su juventud duro y vengativo y construyó un infierno para enviar allí a sus amados. Finalmente envejeció, se hizo suave y, finalmente, murió ahogado en su propia compasión.

Hemos de reconocer que para dar esta versión, un Papa del siglo pasado (5) necesitaba ser realmente "tuerto". Hoy día algunos teólogos modernos han tomado un camino similar al esbozado por el último Papa, salvo en el asunto de que "Dios ha muerto". En vez de esto han proclamado "el Diablo ha muerto" (Ver p.e. Haag: *Abschied von Teufel*). Ellos explican al Dios guerrero y vengativo del Antiguo testamento como un Dios joven e inmaduro (6), quien con el tiempo va madurando y transformándose paulatinamente en el Dios compasivo del Nuevo Testamento. Con todo, tal y como lo señala Nietzsche, sigue teniendo el infierno a su disposición para enviar allí a algunos de sus creyentes. De este modo, ciertos teólogos modernos concuerdan con lo relatado por el último Papa.

Así, la intuición del Papa "ausser Dienst" le lleva a reconocer que manos, ojos y boca de Zarathustra estaban destinados desde la eternidad para repartir bendiciones. El viejo Papa del Dios ya muerto pide permiso al Zarathustra-Nietzsche para permanecer junto a él. El tuerto reconoce en el ateo Zarathustra al Papa "en servicio" de la nueva religión atea. Es ahora éste quien repartirá las bendiciones. Ambos sienten que son afines. Son, por así decirlo, dos lados de una misma figura. A petición del Papa "ausser Dienst" contesta el nuevo Papa, ahora "in Dienst" ¡Amén!

Literatura consultada

- (1) Bourbaki, N. *Elements de Mathématique*. Livre I, *Théorie des Ensembles*. Hermann, París.
- (2) Haag, Herbert. *Abschied von Teufel*. Benzinger Verlag, Einsiedeln.
- (3) Margenau, Henry. *The Nature of the Physical Reality*. Mc Graw-Hill Book Company. New York, Toronto, London.
- (4) Nietzsche, Friedrich. *Also sprach Zarathustra*. Alfred Kröner Verlag, Stuttgart.
- (5) Wind, Edgar. *Pagan Mysteries in the Renaissance*. Penguin Books.

NOTAS

- (1) Desde luego que se puede hacer una distinción entre creencia y fe. Para los efectos de este trabajo, entenderé "fe" como una creencia que ha adquirido una buena dosis de "sofisticación".
- (2) En este caso, tenemos fe de que la naturaleza bajo condiciones similares da entonces, resultados similares.
- (3) Recordemos las cualidades de Edipo, después de sacarse los ojos. Wotan es, según la mitología germana, tuerto. A Eros, frecuentemente se le representa como ciego o con los ojos vendados (Ver p.e. "La Primavera" de Botticelli). Se considera en el caso de los tuertos o ciegos que un ojo (o ambos) "mira hacia adentro", lo cual concede una fuerte "visión" intuitiva, u otro tipo de conocimiento, que va más allá del adquirible mediante la razón. Sobre este asunto ver p.e. Wind: *Pagan Mysteries in the Renaissance*.
- (4) En "Los tres Staretsi" de Tolstoi aparecen personajes de este tipo.
- (5) El "Also sprach Zarathustra" data de 1876.
- (6) Más que referirse a Dios mismo, estos teólogos se refieren al concepto que tenía de El el pueblo judío.

Enrique Góngora
1000 San José
Apdo. 2717
Costa Rica